

ORIGEN DE LOS BELENES

Si la misión del artista es captar los encantos de la naturaleza y plasmarlos en una modalidad nueva, con el pincel o con el buril o con dejes cadenciosos y melódicos que, cual suspiros de alma enamorada, vibra al pulsar su corazón con el contacto del misterio profundo, escondido a los ojos profanos, que despertó en su mente inquieta anhelos de patentizar lo sublime de su idea, quizá el artista más destacado, no sólo por lo divino, sino por lo que humanamente representa, sea San Francisco de Asís. Él se había forjado una idea, un amor, y tras él corrió todos los instantes de su vida. Le fascinó la idea del amor a Jesús Crucificado y no ya en versos o en un lienzo, sino en sus propias carnes, esculpe la pasión dolorosa del Divino Ajusticiado, siendo testimonio fehaciente las llagas que por espacio de dos años fueran la mejor prueba de su amor.

Todas las criaturas son una manifestación de las perfecciones divinas y de todas se vale para amar al Creador que belleza y donosura tanta derramara en nuestro derredor. Todas fueron para Él medios de ascensión hasta Dios, y así le vemos estático contemplando el hermoso panorama del valle espoletano, ya la grandiosidad del monte Subasio, a la inocente avechilla que se posa en sus manos, como domeñando la ferocidad del lobo de Gubio, hasta convertirla en mansedumbre de cordero. Sabe buscar en las criaturas lo bello y lo bueno, para de este modo caminar sin temor a que la más ligera sombra entenebrezca su amor a Dios y a las criaturas.

Mas quien tan bien supo hacer vibrar su corazón al contacto de la galanura de la creación, no puede por menos de amar a Aquel por el que fueron creadas y que un día se hiciera hombre, revistiéndose de nuestra misma carne y «en el silencio de la media noche» dejara oír los primeros vagidos,

acallados por unos brazos maternales que, con solicitud sin par, faja en pobres pañales el tirante cuerpecito del Verbo Encarnado.

Haciendo caso omiso del aspecto litúrgico, vamos a poner ante nosotros una escena, no teatral, sino eminentemente consoladora y emotiva y que hoy en día es el encanto de los días navideños. Quisiera diseñar en estas líneas, con la misma sencillez de las «Floreciñas de San Francisco», la escena que tuvo lugar en Greccio por los años 1223, exactamente tres antes de



morir el Santo. Sinteticemos lo que allí se nos relata (Apéndice a la 1.ª parte, c. 3.º).

San Francisco se había retirado a la soledad del tugurio franciscano para prepararse a celebrar el día de Navidad con el ayuno y la oración. Siente deseos de hacer lo más vivida posible la escena y a un buen amigo suyo, de buena vida y de mejor fama, un día le dijo el Santo: «Si deseas que celebremos en Greccio la próxima festividad del Señor, adelántate tú lo más presto y prepara con diligencia lo que te encargo. Porque quiero celebrar la memoria de aquel Niño que nació en Belén y las incomodidades y abandonos que sufrió el divino Infante, y pre-

senciar con los ojos del cuerpo lo mejor que pueda, de qué modo fué reclinado en el pesebre y cómo fué puesto sobre el heno, teniendo delante el buey y el jumento».

Todo lo dispone el buen hombre cual se lo mandara el Santo. La voz se corre por el poblado y comarca y concurren a la piadosa romería provistos de candélas y hachas «para alumbrar aquella noche que bañó de centelleante esplendor todos los días y años». «... En el bosque repercuten las voces y las rocas contestan con su eco a los

gritos de júbilo; cantan los frailes pagando al Señor las debidas alabanzas, y toda la noche cunde el entusiasmo. Pónese el Santo de Dios ante el pesebre, emocionado por los suspiros, enternecido por el amor y bañado de un gozo admirable... Francisco hace de diácono en la misa y con voz sonora canta el Evangelio... Después predica al pueblo que le rodea y su boca destila dulcedumbres hablando del nacimiento del Rey Pobre y de Belén, la ciudad pequeña..., y como oveja que bala, diciendo Bethleen, enchía su boca de sonos...» y sus labios, cual si destilaran miel al pronunciar el nombre de Jesús, parecían gustar la dulcedumbre de esta palabra.

Un hombre virtuoso contempla al mismo tiempo esta visión: «Veía en el pesebre a un pequeñuelo echadito y exánime, y que acercándose a él el santo de Dios resucitaba el pequeñuelo, como si se despertase de un sueño... Finalmente, se acaban aquellas veladas solemnes y cada cual, con gozo, se torna a su casa».

¿Qué es lo que tienen las fiestas de Navidad, que con alegría las vemos acercar y entusiasmados gozamos de las bellezas del arte al servicio del amor y con nostalgia observamos que han huido de nosotros? Todo este gozo espiritual te lo proporcionó, lector amigo, un artista a lo divino, San Francisco de Asís.

FR. LUIS ANGEL DE LA FUENTE
Franciscano